

aceptar el esfuerzo. Sólo lo que es difícil sirve para cultivarse.

¡Cómo! Leer, viajar, visitar museos, escuchar buena música, escuchar conversaciones que amplíen nuestra experiencia sobre los hombres y la vida, ¿no es cultivarse? En todo eso, ¿dónde está el esfuerzo?

Podemos leer mucho, ir a los conciertos, frecuentar salones, pasear nuestra ignorancia por los climas más diversos, y permanecer sin cultura.

Existe una manera de leer, cuestión que examinaremos más de cerca, si se pide a la lectura algo más que entretenimiento, olvido de horas del cautiverio en un tren, o preparación al sueño. La lectura provechosa es actividad del espíritu, toma conciencia de nuestras opiniones confrontadas con las del escritor; clasificación de recuerdos, meditación, trabajo. Los salones multiplican los loros y papagayos; más ellos cultivan a un Marcel Proust, quien los explora con mirada penetrante, anota actitudes, conversaciones, intrigas mundanas, juegos de pasiones; recoge ahí materiales para quince volúmenes: trabajo siempre, trabajo de psicólogo y de historiador.

El nuevo rico de todos los países se cree indispensable en Venecia, en Florencia, en los palacios del Engadin, del Cairo y de Ceylán. Entregado a sí mismo, no vería sino porteros de hotel galeados de la misma manera, sirvientes que llevan ridículamente un mismo uniforme manchado con las mismas salidas, mensajeros igualmente activos y políglotas, cuyo saber consiste, sobre todo, en sospechar cuál de las veinte o treinta preguntas les es dirigida y cuya lista inmutable nunca un viajero se atrevió a aumentar. El sentimiento de su impotencia para mirar, le decide a veces a implorar la ayuda providencial de una agencia de viajes, que lo coloca bajo la autoridad discrecional de un guía imperioso. Este ya no le abandona, determina el empleo de cada día, fija la hora de levantada, de las salidas, de las visitas a los monumentos, no perdona ninguna curiosidad natural y ningún desfallecimiento; le requiere a la admiración de los emplazamientos, cuando ya los últimos vestigios han desaparecido; se burla de los achaques de su cliente, y no respeta sino las horas de las comidas.

El nuevo rico sabe así que no se viaja siempre por entretenimiento; más, ¿quién podrá suponer que él se cultiva? Los viajes han servido a la cultura de un Montaigne, de un Montesquieu, de un De Brosses, de miles de espíritus curiosos que sabían descubrir la diversidad del mundo, que interrogaban las obras de arte y todo lo que expresa una civilización. Aun más, ellos han servido a aquellos hombres de acción que no han observado simplemente desde afuera hombres y cosas, sino que se han mezclado a los acontecimientos, han tratado de obrar sobre un pueblo para realizar, por ejemplo, una misión de propaganda intelectual, política o religiosa. También aquí, el beneficio cultural está en proporción a la actividad desplegada, al esfuerzo consentido.

Pero no debemos dar a esta fórmula una austeridad que no tiene, pues el esfuerzo no es necesariamente penoso o doloroso. Puede suceder aun exactamente lo contrario: que el esfuerzo más vi-

goroso sea el esfuerzo más alegre. Un campeón de tennis o de Rugby, despliega en un match un esfuerzo considerable, y éste no es sufrimiento sino entusiasmo, arrojo, manifestación de un gusto decidido, de un temperamento y de una vocación.

*El esfuerzo no es intenso si no tiene
por sostén un interés*

Es por eso que al decir que en materia de educación no es de provecho sino lo que cuesta esfuerzo, no decimos nada a lo cual no pueda adherirse un partidario de la educación atrayente. Se designa con este nombre al excelente sistema pedagógico que recomienda al educador dedicarse, ante todo, a despertar el interés del niño, dejarse guiar por la curiosidad del alumno, no imponer nunca un conocimiento no deseado. Profunda concepción, que es interpretada, con frecuencia, falsamente. Se le confunde con la absurda pretensión de instruir al niño por una especie de juego perpetuo, dejándole ignorar la virtud del esfuerzo y del trabajo. Mas ésta no pretende, de ninguna manera, suprimir el esfuerzo; se limita sólo a pedir que se la haga atrayente. Y por este mismo cuidado, prueba que es ella la verdadera pedagogía del esfuerzo, que espera todo progreso del más intenso y durable esfuerzo, puesto que el esfuerzo de esta clase no se obtiene sino cuando se le da por sostén un interés es decir, en suma, una pasión, o al menos, un sentimiento, un deseo. Donde esta llama no ha sido encendida, no observaréis nunca el pleno esfuerzo, aquel que brota de todo el ser, que no se mide, en una especie de embriaguez, en el completo olvido de sí mismo.

Si tantas veleidades de cultura permanecen estériles, es porque no van acompañadas de ningún esfuerzo tenaz y dirigido. Se espera la cultura del vagabundaje intelectual, de la novela hojeada con desatención, del diario cuyos títulos apenas leemos, de la pieza de teatro escuchada distraídamente, cuya intriga se embrolla pronto en nuestra memoria, sobrecargada con otras diez historias del mismo provecho. Una formación del espíritu y del carácter, es una empresa diferente.

La Decadencia y la Grandeza de Europa

Por PAUL VALÉRY

EN los tiempos modernos, ninguna potencia, ningún imperio, en Europa, ha logrado mantenerse en el apogeo, mandar a su alrededor, ni siquiera conservar sus conquistas, durante más de cincuenta años. Los más grandes hombres han fracasado; aun los más felices han conducido a sus naciones a la ruina. Carlos V, Luis XVI, Napoleón, Metternich, Bismarck, duración media: cuarenta años. Ninguna excepción.

La Europa llevaba consigo el poder de someter y regir y ordenar con fines europeos, al resto del mundo. Contaba con medios invencibles y con los

hombres que los habían creado. Por muy debajo de éstos estaban aquellos que disponían de ella. Vivían alimentados por el pasado; no han sabido hacer sino pasado. La ocasión también se ha pasado. Su historia y sus tradiciones políticas, sus querellas de aldeas, de parroquias y de tiendas; sus envidias y rencores de vecinos; y, en suma, su falta de mira, es el espíritu mezquino heredero de la época en que ella era tan ignorante como las demás regiones del mundo, han hecho perder a la Europa esta inmensa ocasión y hasta de cuya existencia parece no haberse dado cuenta en tiempo oportuno. Napoleón parece ser el único que presintió lo que debía producirse y lo que podría emprenderse. Pensó, de acuerdo con la escala del mundo actual, no fué comprendido y así lo expresó. Llegó demasiado temprano, los tiempos no estaban todavía maduros, sus medios estaban lejos de los nuestros. Después de él, se volvió a discutir sobre las hectáreas del vecino, y a razonar con vista al presente.

Los miserables europeos han preferido jugar a los Armagnacs y a los Burgundios, a tomar sobre toda la tierra el gran papel que los romanos supieron asumir y conservar, durante siglos en el mundo de su tiempo. Su número y sus medios no eran nada frente a los nuestros; pero ellos encontraban en las entrañas de sus pollos, más ideas justas y consecuentes, que todas las contenidas en nuestras ciencias políticas.

La Europa será castigada por su política: se la privará de los vinos, cerveza y licores. Y de otras cosas...

La Europa aspira visiblemente a ser gobernada por una comisión americana. Toda su política se dirige a ello.

No sabiendo deshacernos de nuestra historia, seremos descargados de ésta por pueblos felices que no la tienen o casi no la tienen. Son pueblos felices que no impondrán su felicidad.

La Europa se había distinguido claramente de todas las partes del mundo. No por su política sino a pesar de ella, y más bien, contra ésta, había desarrollado en extremo la libertad de su espíritu, combinando su pasión de comprender, con su rigurosa voluntad; inventando una curiosidad precisa y activa, creada por la búsqueda obstinada de resultados que se pudieron comparar exactamente y agregar los unos a los otros. Un capital de leyes y de procedimientos muy poderosos. Su política, sin embargo, permaneció estacionaria; no aprovechó de las riquezas y de los recursos extraordinarios a que acabo de referirme, sino en cuanto sirvieran para fortificar esta política primitiva y darle armas más temibles y más bárbaras.

Apareció entonces un contraste, una diferencia, una extraña discordancia entre el estado del mismo espíritu, según que se dedicara a su trabajo desinteresado, a su conciencia rigurosa y crítica, a su profundidad sabiamente explorada; y su estado cuando se aplicaba a los intereses políticos. Parecía reservar para su política, sus producciones más descuidadas y viles: instintos, ídolos, recuerdos, pesares, celos, sonidos sin significación y significaciones vertiginosas... todo aquello que

ni la ciencia ni las artes deseaban y, aun más, no podían ya sufrir.

Toda política implica (y generalmente ignora que ella implica) una cierta idea del hombre, y aun una opinión sobre el destino de la especie, toda una metafísica que va del sensualismo más brutal, hasta la metafísica más atrevida.

Suponed que alguna vez os entreguen el poder sin reservas. Sois un hombre honrado y vuestro firme propósito es hacer lo mejor posible. Vuestra cabeza es sólida; vuestro espíritu puede contemplar claramente las cosas, representárselas en sus diversas relaciones; y, por fin, estáis colocado en una situación tan elevada e interesante, que los propios intereses de vuestra persona se tornan nulos o insípidos frente a lo que está delante de vosotros. Ni siquiera estáis perturbado por lo que pudiera turbar a cualquier otro ni estáis intimidado ni abrumado por la esperanza que se pone en vos.

Y bien. ¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer hoy día?

Hay victoria *per se* y victorias *per accidens*.

La paz es una victoria virtual, mula, continua, de las fuerzas posibles contra las codicias probables.

No habría paz verdadera sin que todo el mundo estuviera satisfecho. Es decir, que no hay a menudo una paz verdadera. No hay sino paces reales, que, como las guerras, son menos expedientes.

Los únicos tratados que deberían tomarse en cuenta son los que se concluirían con segundas intenciones. Todo lo que es confesable, está como desprovisto de todo futuro.

Es un orgullo imponer su voluntad al enemigo. Algunas veces se consigue, pero puede ser una voluntad nefasta. Nada nos parece más difícil que determinar los verdaderos intereses de una nación, que no deben confundirse con sus deseos.

O c t u b r e

De JUAN RAMON JIMENEZ

ESTABA echado yo en la tierra, enfrente del infinito campo de Castilla que el otoño envolvía en la amarilla dulzura de su claro sol poniente.

Lento el arado, paralelamente abría el aza oscura; y la sencilla mano abierta, dejaba la semilla en su entraña partida honradamente.

Pensé arrancarme el corazón y echarlo, pleno de su sentir y alto profundo, al ancho surco del terruño tierno;

A ver si con romperlo y con sembrarlo, la Primavera le mostraba al mundo el árbol puro del amor eterno.